

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR Y ADMINISTRADOR RESPONSABLE,

DOROTEO FONSECA.

TOMO IV. — NUMERO 1.

SUMARIO:

- I. "La Juventud Salvadoreña", por Abraham Chavarría — II. Tipos salvadoreños, por Efraín — III. Saludo (poesía), por Miguel Plácido Peña — IV. Sucesión de los hijos ilegítimos, por Leopoldo Rodríguez — V. Sueños (poesía), por Josefa Carraseo — VI. Antonia Navarro, por Abraham Chavarría — VII. Una carta de amor (poesía), por Joaquín Aragón — VIII. Caracteres de la raza latina, por J. V. Bomaris — IX. Heces (poesía), por Gabul — X. Prosa, por Víctor M. Jerez — XI. Notas — XII. Miscelánea.

Redacción y Administración: Calle de Washington núm. 26½.



SAN SALVADOR—IMPRESA NACIONAL, CALLE DE HIDALGO.

Febrero de 1892.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

JUNTA DIRECTIVA.

Presidente	D.	Abraham Chavarría.
1 ^{er} Vocal	„	Francisco Espinal.
2 ^o „	„	Doroteo Fonseca.
Fiscal	„	Juan Mena.
Tesorero	„	Adrián García.
1 ^{er} Secretario	„	Juan Gomar.
2 ^o „	„	Fermin Bayona.

SOCIO HONORARIO,

Doctor Don Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS:

Dr. D.	Francisco Dueñas.	Dr. D.	Fidel A. Novoa.
„ „	Francisco Martínez Suárez.	„ „	Guadalupe Ramírez.
„ „	Miguel Dueñas.	Br. „	Lisandro Blandón.
Br. „	Rafael E. Cháves.	„ „	Francisco Gutiérrez.
„ „	Victor M. Jerez.	„ „	Nicolás Leiva.

SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda.	Srita.	Josefa Carrasco.
Srita.	Antonia Galindo	Lic. D.	J. Fermín Aycinena.
Lic. D.	Manuel Diéguez.	Dr. „	Rubén Rivera.
Br. „	Salvador Flamenco.	„ „	Abraham Rivera.
„ „	Adolfo Castro.	„ „	Francisco A. Reyes.
„ „	Baltasar Parada.	„ „	Carlos A. Imendia.
Dr. „	Simeón Eduardo.	„ „	Anselmo Valdés
„ „	Carlos Dárdano.	„ „	Ismael Cerna.
„ „	Ramón P. Molina	„ „	Juan J. Laínez.
„ „	David A. Payés.	„ „	Esteban C. Roque.
„ „	Horacio Rómulo Jarquín.	Br. „	Nazario Salaverría.

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

COMISIÓN REDACTORA:

Abraham Chavarria—Director,

Doroteo Fonseca,

Juan Mena.

TMO. IV |

SAN SALVADOR, FEBRERO DE 1892.

| NMO. 1

“La Juventud Salvadoreña.”

La vida es lucha que principia en la cuna y termina en la tumba; es marcha que partiendo del seno materno concluye en los misterios del no ser. Quien no participa de esa lucha, quien no emprende con conocimiento de causa ese camino fatal, viola de una manera flagrante las leyes supremas de la inteligencia, olvida los dictados de la razón y falta á los mandatos de lo Alto. La lucha, el movimiento constante en lo material y en lo intelectual, la revolución interminable entre lo físico y lo moral, la disputa eterna de lo que asciende con lo que cae, la atracción y la repulsión—he aquí lo que constituye el ser de los pueblos y la vida de las sociedades. Ora es inusitada combinación de los elementos lo que informa una industria nueva para satisfacción de las necesidades apremiantes del hombre ó para halago de la vanidad humana; ora es una verdad desconocida, un principio descubierto que saliendo triunfante de los abismos de un cerebro laborioso, viene á servir de norma ó de regla á la sociedad en

el desarrollo infinito de sus facultades para la realización de los fines que el Creador le señaló. Y para que estos frutos del esfuerzo humano no mueran y puedan perdurar en la memoria de las generaciones, tenemos el periódico que, más demócrata que el libro y más constante que la tribuna, va desde la regia habitación del banquero, pasando por los gabinetes de los letrados y los establecimientos de los industriales, hasta la humilde choza y la rústica alquería, llevando las luces de la civilización á todas las inteligencias de las diversas clases sociales.

No queremos decir con esto que nuestra pobre hoja realiza tan altos como sagrados deberes: todo lo contrario, tenemos la convicción de que nuestras pequeñas fuerzas nos niegan ese derecho; porque si es verdad que algunos de nuestros colegas y la voz de personas autorizadas le han dispensado de cuando en cuando algunos aplausos, nosotros hemos recibido estos como un estímulo para alentarnos en la tarea, sin creer que por eso podamos decir orgullosos: hemos cumplido con nuestro deber. La mi-

sión de nuestro periódico es de preparación, sus fines deben realizarse después: él aspira á ser el taller donde se forjen esas plumas brillantes que en lo futuro serán prenda segura de un notable adelanto intelectual; él quiere ser la escuela donde se fecunden esas inteligencias vírgenes que fulgurarán en los tiempos venideros. Y siendo esto así, hay que ser indulgente con las obras que ofrezca al público como producto de los miembros que constituyen la sociedad á que sirve de órgano, porque ellas serán como el vuelo primero del ave que casi implume se levanta de su nido, ó como el paso tímido y vacilante del niño que por vez primera abandona los andadores para probar sus propias fuerzas;—ellas, en fin, llevarán el sello del principiante.

Durante los tres años que han trascurrido desde su fundación, ha sido preciso remover obstáculos de gran entidad y vencer dificultades de toda clase para conservar su existencia dentro de los límites señalados por los Estatutos de la corporación. La prensa puramente literaria, como es bien sabido, no tiene á los ojos del pueblo el mismo interés ó la misma importancia que la prensa política y noticiosa, esa que halagando unas veces los instintos libertinos de la muchedumbre se convierte en demagogía incorregible, ó adulando otras los avances y desmanes de la autoridad se constituye en cortesana miserable. Ella no trasmite á sus lectores la última noticia recibida por el cable, no cuenta los chismes de la vecindad, ni refiere lo que tal ó cual ministro dice ó piensa sobre este ó aquel asunto, ni lo que el alcalde se propone realizar en el período de su mando. En su vuelo se levanta cien codos sobre el campo donde la prensa diaria libra sus combates: ella vive en la región

de las ideas y los principios, y desde allí, desde esa altura incommensurable proclama lo que el cerebro y el corazón piensan y quieren por el bien de la humanidad. Lucha serena es la de esta prensa científico-literaria que tiene algo de la gravedad filosófica y algo de la inspiración poética. Pero aun así, bajo estas condiciones tan desfavorables y en un medio ambiente desalentador, "La Juventud Salvadoreña" es recibida con marcada atención y ha conseguido formar un número considerable de lectores; tiene un público suyo, especial, que la espera con ansia y la lee con gran placer, colmándola á veces de elogios innmerecidos.

Con estos antecedentes, los miembros que forman hoy la comisión redactora, traen el alma llena de esperanzas seductoras y el corazón rebozando en nobles sentimientos para llevar adelante esa grande obra comenzada; vienen con la fe que ilumina y alienta, á poner el contingente humilde de su inteligencia y de su actividad para dar cumplimiento á los deberes que su cargo les impone y corresponder á la confianza que en ellos depositara la Junta Directiva de la Sociedad. Para realizarlo cuentan, más que con sus propias fuerzas, que nada valen y nada significan, con la constante cooperación de sus consocios y demás personas que han sabido colocar esta Revista á la altura en que hoy se encuentra con el mérito de sus producciones, y con el entusiasmo de toda esa juventud de la antigua patria centro-americana que hoy más que nunca cultiva con éxito bastante satisfactorio el campo siempre fecundo de la bella literatura.

ABRAHAM CHAVARRÍA.

TIPOS SALVADOREÑOS

LOS GRAVES.

Querido Paco:

Indudablemente no hay peor cosa que no hacer nada. Un refrán de gran sentido filosófico dice: *que la ociosidad es la madre de todos los vicios*. Digo esto, no porque yo sea ocioso, que bien sabes tú no lo soy, sinó porque yo, que he visto siempre con indiferencia las inconsecuencias de los gobiernos, las furias de las suegras y otras cosas por el estilo capaces de sacar de quicio al que en ellas reflexiona, me encuentro ahora, no diré con la bilis amarga, pues de suyo lo es, sinó con toda la sangre hecha bilis, lo cual ya constituye una alteración profunda de la salud.

Quisiera en mi patriótica indignación tener en mis manos el látigo de Juvenal, que debe ser muy fuerte pues tanto le temen, el de Murat y todos los látigos del mundo para fustigar tanto insulso historiador que se extasían horas enteras describiendo un campo de batalla, ó una epidemia horrorosa sin parar mientes en los grandes descubridores de las ventajas reportadas por la gravedad.

Si no hubieran vacaciones, ocupado en mis estudios no habría tenido lugar de pensar en esa gran injusticia, en cuya reparación emplearé todas mis fuerzas.

Es verdad que los genios que voy á darte á conocer, dominados por cierto egoísmo, ó deseando quizás sacar las mayores ventajas de su descubrimiento, no han querido lanzar ante el mundo atónito el fruto de sus observaciones y vigili-
as, pero necesitaría Colón hablar del mundo maravilloso que había descubierto después de presentar á los reyes de Castilla y Aragón los indios que le acompañaban y las ri-

quezas que obsequió á sus protectores? Yo creo que el ejemplo vale más que una larga disertación, así es que cuando contemplo arrojado por el entusiasmo esos mártires que se sacrifican ensayando en ellos los resultados de su sistema, me levanto lleno de indignación, increpo á la estúpida humanidad que se devana el cerebro pensando en qué hará, en qué pensará el Czar de las Rusias y no tiene una palabra de aliento, una mirada de gratitud para los que la quieren llevar al pináculo de su felicidad. Pero aquí estoy yo para poner las cosas en su lugar, y no cesaré, ¡vive Dios! hasta que la prensa de todo el mundo se ocupe de tan importante cuestión, y lea en alguna historia estas ó semejantes líneas "*José Cinefuegos y Pedro Llevabrasas, médico el uno y abogado el otro, nacieron en tal fecha y merecieron el aprecio de sus conciudadanos y el del mundo entero por la invención del famoso sistema de la gravedad que tan felices resultados ha dado á la humanidad entera.*"

Vea yo eso y venga la muerte que me encontrará sereno y dichoso por preceder en el templo de la gloria á tan ínclitos varones á cuyos nombres espero unir el mío.

Imagínate, Paco, si no habremos dado un gran paso el día en que desaparezca la risa, esa mueca repugnante que sólo sirve para poner á descubierto entre aterciopelados labios, dientes menudos y pa-rejos ó marcar en la mejilla dos oyuelos picarescos, excitantes terribles para todo mortal de corazón, y sólo se vean semblantes de mirar frío y sereno, labios cerrados y pasos acompasados y graves. Qué golpe tan terrible para esa odiosa mitad del genero humano, causa de todos nuestros males habidos y por haber! Cómo vamos á saborear nuestro grandioso triunfo mirándola sumisa y humilde después

de haberles destruido su poderosa arma!

Y todo á quién se debe? A José Cienfuegos y Pedro Llevabrasas, dirán todas las naciones unidas por los vínculos de la general felicidad.

Creo que te acordarás de Pedro, seguro estoy de que no lo reconocerías si te pusiera enfrente de él. Esto te estrañará por haber trascurrido tan sólo un año desde que no lo ves, pero yo apostaríá cuanto soy y cuanto valgo, que es bastante apostar, á que no acertarías con él en un caso dado. Por otra parte, yo estoy seguro que él tampoco se fijaría en tí, pues la fama ha corrido un telón sobre sus antiguas ideas y percepciones.

Pedro es ahora un hombre serio que se pasea en el parque con el brazo enrollado en el bastón cuyo pomo se apoya en el omóplato formando así un ángulo obtuso. Esto tiene su importancia, pues con solo dirigir la vista á la punta del bastón se sabe el grado de inclinación hacia atrás de la cabeza; cuestión importantísima, pues como no lo dudarás esto nos aleja de los monos que tienden hacia adelante, sin contar la indiscutible dignidad que imprime al individuo.

Nunca camina ligero: se lo impide el centro de gravedad que con la inclinación de la cabeza queda hacia el ombligo, sin contar que esto, es decir, el andar ligero, (te hago esta advertencia porque suelen los cajistas equivocarse y en lugar de esto podrían poner este, lo que te haría pensar en la enormidad del ombligo que puedo asegurarte es lo más perfecto que tiene Pedro) le obligaría á dejar en libertad el bastón, cosa imposible. La razón de esto no te la podré dar, pero Pedro, que, como sabes, me tiene especial cariño, y que me está enseñando su sistema por pura deferencia, me dijo que

era una de las cosas indispensables para llegar á merecer el título de Grave. Título más honroso que el ser miembro de la academia ú oficial de la legión de honor.

Por si acaso alguna vez llegas á hablar con él, te voy á referir la escena que con este motivo tuvo lugar entre él y yo cuando después de haberme hablado largamente sobre la gravedad le dije:

—Perfectamente, ninguno está más convencido que yo de las ventajas del hombre serio, y si no lo estuviera bastaríame ver la inmensa clientela que has adquirido, para hacerme partidario de ella, pero dime, el bastón siendo un mueble de elegancia y comodidad que sirve á la vez de apoyo y de dar elegancia al cuerpo, por qué ha de llevarse en esa posición, sobre todo siendo los que ahora se usan tan gruesos y pesados, en lugar de apoyarlos en el suelo?

—Qué escándalo! exclamó rojo de indignación y parado enfrente de mí. Y mi reputación? Te has hecho cargo de ella? Bueno soy yo para dar que decir. Para saber aplicar las leyes del código, lo mismo que para contar las pulsaciones de un enfermo, ó distinguir los ruidos del corazón, es más importante eso que todos los libros escritos y por escribir sobre el particular. Mira, mis libros están llenos de polvo y la punta del bastón reluciente de limpieza. Pues bien, desde que dejé abandonados á aquellos y atiendo á éste he ganado más dinero de lo que te puedes imaginar.

Yo puse punto en boca y en mi vida volveré á tocarle esa tecla que parece excitarlo tanto. Te lo advierto para que si acaso logras la dicha de hablar con él, cosa no á todos permitida, evites tocar cuerda tan sensible y que te haría pasar por un necio ante él

No vuelve la vista á ningún lado,

y esto entra en el programa, salvo el caso que haya necesidad de saludar á don José ú otro banquero millonario con suficientes hijos para tener constantemente dos ó cuatro enfermos en la familia.

El *adios* franco y alegre á los amigos debe trocarse en un *adios* salido forzosamente y con cierta indolencia de los labios comprimidos, como solfeo de perro gruñón.

Dirás que ya te he hablado mucho de Pedro sin decir una palabra de José, pero debes de tomar en cuenta que Pedro es mi maestro. Por otra parte ambos se parecen, salvo diferencias poco sensibles; por ejemplo, José maneja con desembarazo y soltura su enorme baston y saluda ceremoniosamente aún á sus más íntimos amigos.

Respecto al porvenir tienen la misma opinión, y las mismas aspiraciones, casarse con una rica heredera. Se diferencian nada más que en los medios de realizar su sueño, pues mientras José lo abandona todo por su ideal, Pedro sueña y cree firmemente en un día más ó menos lejano en que el pobre padre de la enamorada doncella llegue á suplicarle de rodillas con las manos llenas de oro se digne labrar la felicidad de su hija. Por supuesto que él piensa aceptar por gratitud, pero no será sin dejar pasar algún tiempo reflexionando en tan grave paso.

Reasumiendo en síntesis, José es algo crédulo y Pedro tiene sus puntos de vanidoso. En un baile José se acerca al padre, pide permiso para bailar con la niña; baila dos, tres piezas, la niña ha estado muy amable con él y el padre por otra parte no se ha mostrado hosco. José no duerme pensando en su sueño realizado y al día siguiente, es casi seguro, el padre encuentra en su escritorio una petición de matrimonio la que tiene el atrevimiento de no contestar.

José pasa quince mortales días sin pensar en sus pleitos hasta que se convence de su fracaso. Esto no le apena, pues sabe que habrá otra y entonces tal vez sea con mejor éxito. Con esta dulce esperanza logra al fin conciliar el sueño á la décima sexta noche, no sin haber pasado en su imaginación revista á todas las *candidatas*, y de haber escogido la próxima reina de su corazón.

Pedro no, llega á una sala de baile, y sin fijar sus ojos en nadie, siente el peso de todas las miradas posadas en su altiva cabeza y en su recto bigote. No baila sino es por excitativa del dueño de la casa y lo hace entonces con cierta indolencia, con esa pereza especial del hombre aburrido que hace una cosa que le contraría por pura complacencia. Habla de la luna, del sol, de Alemania, de Francia, del vapor, del ferrocarril, de la luz, de la obscuridad, etc., y acaba satisfecho de haber deslumbrado á su infeliz compañera, compadeciéndola por la escasez de sus conocimientos, pues no ha hecho más que proferir monosílabos.

Dicen algunos que José es más simpático que Pedro, pero yo llamo á esos tales ambiciosos sin mérito que procuran obscurecer el de mi querido maestro.

Qué gloria alcanzaría nuestra patria si el gobierno, aprovechando la exposición de Chicago, enviara á Pedro entre los objetos de exhibición, para que enseñe á todo el mundo cómo con la seriedad y algunos conocimientos se puede llegar á tener un buen puesto en la sociedad, hacer que los pimpollos de quince abriles nos vuelvan á ver con agrado y las señoras de edad con admiración.

Dime ahora si no tengo razón y si no hago bien en hablar del maestro con tanto entusiasmo? Yo me hago este raciocinio: Todo lo que

sobresale en un pueblo pertenece á la historia, Pedro y José sobresalen (esto es indudable), luego Pedro y José pertenecen á la historia. Y ahí tienes tú explicado el por qué digo yo que no habrá historia completa mientras ellos no aparezcan en ella, el por qué de esta carta y otros porqués que deseo no tengas la desgracia de ver. Tu amigo.

EFRAIN.

SALUDO.

—¿Escuchas?

—Sí.

—¿Qué escuchas?

—Los acordes

Melodiosos, dulcísimos de un arpa,
El quejumbroso arrullo de una tórtola
Que al nido llega do su amor la aguarda.
—¿Nada más?

—Sí: de un angel de los cielos

La voz divina, que á su Dios es grata...

—Soñador, soñador ¿ya no conoces

La tierna voz de la mujer que te ama....

—¿Ves?

—Sí.

—¿Qué ves?

—Lo que jamás han visto

Ojos mortales: una ninfa, un hada,

Una diosa cual Venus en el día

Que del seno surgió de la onda amarga.

—¿Nada más?

—Nada! ¿y para qué si loca,

En pos de esa beldad seme ha ido el alma?..

—¿Alza, despierta, soñador, y mira:

Aquí estoy á tu lado, soy tu amada!...

—¿Sientes?

—¡Oh, sí!

—¿Qué sientes?

—El aroma

De aquella boca fresca y perfumada,

Y el palpitante armiño de sus manos

Acariciando mi megilla pálida.

—¿Nada más?

—Ahora mismo, suspirando

Como un tímido niño, á mí se abraza!....

—¡Amor mío, despierta, reconócemel!...

—¡Buenos días, Adriana!!!

MIGUEL PLÁCIDO PEÑA.

SUCESION DE LOS HIJOS ILEGITIMOS.

Los hijos ilegítimos deben gozar de los mismos derechos hereditarios que los legítimos, en la sucesión de la madre.

He aquí una cuestión que ha sido tratada ya con lucidez por los ilustrados jurisconsultos doctores don Emilio Rodríguez y don Jacinto Antonio Sol; y aunque yo no podré desarrollarla como ellos lo han hecho, me he propuesto estudiarla en el presente artículo, por ser de suma importancia.

Nuestro Código Civil dice en su artículo 973, que los hijos legítimos excluyen á los otros herederos; sin perjuicio de la porción conyugal que corresponda al marido ó mujer sobreviviente; disposición que á mi humilde juicio es de lo más injusto que puede existir en la legislación de un pueblo civilizado, pues aplicada á la tesis que dejo mencionada, cuando una mujer muere intestada dejando hijos legítimos é ilegítimos, sólo suceden los primeros, quedando excluidos los segundos.

Desde que el gran Justiniano en su notable Novela 118, adoptó como fundamento para reglar la sucesión intestada, el mayor amor é inclinación del difunto, derogando el principio de la antigua Legislación Romana, de la conservación de la familia; se ha adoptado como base en casi todas las legislaciones del mundo civilizado para reglar esta clase de sucesión; cosa que es muy razonable, pues procurándose interpretar la voluntad presunta del difunto, deben llamarse en primer lugar los hijos, en segundo los

padres, y en tercero los colaterales, puesto que según han demostrado los filósofos, el amor del difunto decrece en este mismo orden.

Nuestra legislación adopta la misma base, pues según el ilustre Dr. Valenzuela, nuestro Código funda la sucesión ab-intestato tanto en la voluntad presunta del difunto, como en el orden de deberes reales que este estaba obligado á cumplir respecto de los miembros de su familia; voluntad que no sería bien interpretada ni se haría que el difundo cumpliera con esos deberes, entregando sus bienes á un extraño, sinó á aquellos con quienes le ligan mayores vínculos, porque de seguro es á quienes en vida más afecto ha profesado y para quienes tienen deberes que cumplir.

El amor que una madre profesa á sus hijos es intenso, ilimitado; ella no hace distinción entre los legítimos é ilegítimos, pues todos son sus hijos y los quiere con ese amor santo que la diviniza; es capaz de dar su vida por ellos; ella es la causa de que estén en este mundo y por lo mismo tanta obligación tiene para con unos como para con otros; por lo que es de suponer que ella ha querido que todos los productos de su trabajo y desvelos, se distribuyan por iguales partes entre todos sus hijos, sin hacer distinción ninguna; pero nuestra ley civil contrariando este fundamento de la sucesión ab-intestato, dispone, como ya dejo dicho, que los hijos legítimos excluyen á los otros herederos.

La única razón que para justificar esta disposición se alega, es la conservación de la moralidad; es decir, evitar por medio de leyes preventivas las uniones ilícitas, imponiendo penas á aquellos inocentes que van á ser el fruto de estas uniones. ¿No será injusto castigar á los hijos por los delitos de su madre?: esto es seguir aquel aca-

gio vulgar de que los hijos padecen lo que los padres hacen. Se dice que es para imponer un castigo moral á la madre, que queriendo tanto á sus hijos, sufrirá demasiado al verlos desheredados; pero yo digo que cuando esto sucede es cuando ella ya ha muerto y por lo mismo no los ve; y si se dice que su espíritu queda sufriendo con ello, yo digo que nuestra ley se avanza mucho, pues no le incumbe legislar para el otro mundo. Se me dirá que en vida es cuando sufre, puesto que desde entonces sabe ya que sus hijos ilegítimos no la van á heredar; pero yo digo que entonces no sufre nada, porque tiene la esperanza de dar algo á estos hijos eludiendo la ley, ó por lo menos al hacer testamento dejarles la cuarta de libre disposición, que aunque muchas veces no será tan pingüe como las de los legítimos, por lo menos ya es algo.

Sobre todo, busquemos los resultados de esta ley, veamos si ha mejorado la moralidad en esa parte: vemos que no, pues examinando los cuadros de estadística relativos á los movimientos de la población, se ve que el número de hijos ilegítimos es mayor que el de los legítimos y también mayor que el de tiempos pasados. No hace mucho que "El Municipio Salvadoreño" de esta capital publicó el número de nacimientos de un mes, y allí tuve también oportunidad de observar la misma diferencia; de lo que se deduce que no ha dado los resultados que el legislador se propuso, y que por lo mismo no hay ninguna razón para que exista.

Si se quiere moralizar á la sociedad que se busque otra manera de hacerlo, como fomentar los matrimonios, fundar escuelas de educación donde se enseñe á la mujer á conocer sus deberes, para que después sepa vivir honradamente en la sociedad. De esta manera se con-

seguiría el objeto deseado sin necesidad de imponer penas á personas inocentes.

El artículo 974 del Código Civil dice: "A la madre que no dejare posteridad legítima le heredarán sus hijos ilegítimos de cualquiera clase, sin perjuicio de la porción conyugal que corresponda al marido sobreviviente." Ahora digo yo, si cuando no hay hijos legítimos no se impone la pena á los ilegítimos habiendo la misma razón, resulta que la existencia de aquellos y no el delito de la madre, es el pecado que estos pagan, lo que es una inconsecuencia.

En el caso de que una mujer deje ó haya tenido hijos legítimos é ilegítimos, y los hijos legítimos no quieran ó no puedan heredar á su madre, podrán los hijos de estos entrarlos á representar y suceder á la difunta en todos sus bienes, quedando excluidos los ilegítimos. Así lo dispone nuestro Código, lo que me parece también injusto porque se da la preferencia á una ficción, como es la representación, á los verdaderos hijos; pues á mí entender, tratándose de interpretar la voluntad presunta de la difunta, debían entrar los ilegítimos á suceder por cabezas y los nietos por estirpes, por las mismas razones que dejo apuntadas.

Respecto al hombre no sucede lo mismo, es decir, aquí deben ser preferidos los hijos legítimos en todo caso, porque sus hijos ilegítimos no son ciertos como en la mujer, y por lo mismo siempre cabe duda de la paternidad.

Todo lo que dejo dicho es relativo á la sucesión intestada; pasando ahora á la testamentaria vemos que la diferencia es muy poca, pues nuestra ley civil dispone "que los legítimos concurren y son excluidos y representados, según el orden y reglas de la sucesión intestada;" pues una mujer aunque ha-

ga testamento y reconozca á sus hijos ilegítimos, la ley no le permite dejarles más que la cuarta parte de su acervo; y esto no porque son ellos, sinó porque es la parte de libre disposición y puede dejársela á cualquiera; es decir, la ley le impone la fuerza para que deje sus bienes sólo á los legítimos, lo que es contrario á la naturaleza del testamento que debe ser la libre voluntad del testador, como lo reconoce nuestro Código en su artículo 996. No por esto se crea que soy partidario de la libre testamentación absoluta, pues bien conozco que no hemos llegado al grado de moralidad que ella requiere; pero sí creo que debía permitirse á la madre heredar á todos sus hijos, sin distinción ninguna, por iguales partes; pues sólo así se lograría que el testamento fuera su verdadera voluntad.

No faltará quien crea que entraña inmoralidad que una mujer herede por igual á sus hijos legítimos é ilegítimos; pero yo creo que no son más que preocupaciones que deben desaparecer de una sociedad civilizada.

Estas disposiciones de nuestra ley han producido un resultado adverso del que se esperaba, es decir, la inmoralidad; en efecto, los hijos ilegítimos se creen ofendidos al verse desheredados por preferir á los hijos legítimos, y empiezan los disgustos entre familias, disgustos que se transmiten á sus descendientes; viniéndose á romper con ello aquellos lazos que debían unirlos. Triste es decirlo, que al grado de civilización á que hemos llegado, se vean aún estas discordias y tal vez por unos miserables bienes; pero es lo que sucede y, yo, en más de una ocasión, he tenido oportunidad de observarlo.

Varias reformas importantes se han hecho á nuestra legislación civil, del año de 1860 en que se

promulgó el primer código, hasta la fecha; como la disposición que da á la madre la patria potestad sobre sus hijos legítimos á falta del padre, introducida en la edición del 80, y el matrimonio civil después; y sin embargo, hasta hoy, no han pensado hacer la reforma de que vengo hablando, no obstante ser al igual ó mayor importancia.

LEOPOLDO A. RODRÍGUEZ.

San Salvador, Nbre. de 1891.

SUEÑOS.

Era una noche límpida, serena,
De tintas de oro y de carmín bordada,
Noche de magia y luz, de encantos llena,
Grata como sonrisa de alborada.

Fúlgidas las estrellas cortejaban
A la luna en su carro de topacio,
Y radiantes planetas se inclinaban
Ante la dulce reina del espacio.

Vagaba el alma en ansiedad inmensa
Por el vasto horizonte iluminado,
Desvanecida ya la niebla densa
De lo desconocido y lo ignorado.

Soñé que veía coros adorables
De alados y beatíficos querubes
Y que entonaban himnos inefables
Bajo dosel de nacaradas nubes.

En todo hallaba arrobador misterio,
Sagradas y armoniosas vibraciones,
Suaves cual los acordes de un salterio
Acompañando místicas canciones.

Doquiera con mirada escrutadora
Buscaba ansiosa el Trono del Eterno,
Del Invisible que la mente adora
Y el reino pavoroso del Averno.

Mas no los descubrí; tan sólo viera
En borrascoso mar á los mortales
Luchando con ardor y saña fiera
Por los míseros bienes terrenales

Soñaba en la emoción de un sentimiento,
Delicado, purísimo y profundo,
De caridad y amor, que diera aliento
A cuantos peregrinan por el mundo.

Luz, ideales, perfumes y delirios
Me rodeaban y mística poesía,
Y una guirnalda de inmortales lirios
Soñaba ufana que mi sien ceñía.

De ilusiones mi espíritu poblado
Por el éter lanzábase atrevido,
Como el condor del cielo enamorado
Que por tocarlo deja el caro nido.

En aquellas espléndidas regiones
De eterno encanto y plácidos fulgores
Encontraba la mente inspiraciones,
Ensueños mil de vívidos colores.

Pero llegó risueña la alborada
Y ví volar cual mariposas bellas
Sin poder evitarlo, ¡ay! asombrada,
Los sueños, los querubes, las estrellas

JOSEFA CARRASCO.

Tegucigalpa, marzo de 1891.

ANTONIA NAVARRO.

I

La pluma que pretenda estereotipar la figura humana, debe reunir en alto grado dotes singulares para ser fiel: filosofía sana y profunda para medir acertadamente las profundidades de la conciencia, sentimiento puro y bello para apreciar en lo que valen los impulsos del corazón;—talento, buena fé, ilustración, rectitud, energía, generosidad, y todo lo que constituye al buen juez, ese que, sin atender á las influencias de los unos ni á las exigencias de los otros, da á cada uno lo que es suyo. Bien comprendo que ninguna de esas cualidades poseo para atreverme á una obra de tanto valor; pero tengo enfrente un nombre simpático que, á manera de númen, sabrá inspirar

mi humilde pluma para pintar lo más perfecto posible un cuadro en cuyo fondo se destaque la figura de la mujer que supo razgar con mano poderosa el velo que encubría un camino esplendoroso para el bello sexo centro-americano.

El orgullo del hombre hizo de la mujer en los albores de la civilización, cuando Grecia y Roma dirigían la brújula de la humanidad, un ente desgraciado, un ser miserable, inferior en mucho al varón. No podía compartir con éste las luchas de la inteligencia en el campo vastísimo del saber; las ciencias y las artes no eran para ella; su misión estaba circunscrita á los estrechos límites del hogar; como hija, como esposa y como madre era esclava siempre; de la esclavitud del padre pasaba á la esclavitud del marido. La rueca y el huso que el esposo entregaba á la esposa en el momento solemne de las ceremonias matrimoniales, simboliza el destino de la mujer en el seno de aquellas sociedades egoístas: para los romanos el hombre era todo, y la mujer nada. Pero á esos tiempos desgraciados debían suceder otros mejores; á las injustas y severas leyes de Roma debían sustituir los principios regeneradores y santos sellados con la sangre del Justo y proclamados desde la tribuna infinita del Calvario. Debido á esos preceptos las desigualdades artificiales vinieron á menos, los nobles y los plebeyos se equilibraron, la mujer y el hombre se confundieron en el misterio sacrosanto del matrimonio para formar ese todo bellísimo que se contempla en el hogar cristiano; la libertad se apoderó de la conciencia y el pensamiento, y el amor, á manera de torrente luminoso, abrasó los corazones, quedando desde entonces y para siempre establecida la solidaridad humana y la identidad de sus destinos. Pero este triunfo por lo mismo que es

inmenso necesitó de consuno el contingente de las ideas y del tiempo; debió primero romper con la obra secular, matar las tradiciones absurdas, destruir los errores inventados, para levantar después el sobervio edificio de la moderna civilización. Concluida la obra de preparación, entra de lleno la mujer á participar con el hombre de las espinosas tareas políticas; toma la pluma y vierte en raudales de armonía la inspiración que por tantos años la había devorado; se consagra al estudio de las ciencias y las letras en cuyo campo se coloca á tan elevada altura como la que antes conceptuara el hombre patrimonio exclusivamente suyo. En la actualidad ejercita sus facultades en las múltiples manifestaciones de la actividad; todas las profesiones científicas y literarias, todas las industrias y oficios; el libro, la prensa, la tribuna, todo entra en sus dominios, todo le pertenece sin que ninguno le dispute la legitimidad de sus derechos.

En Centro-América han tenido también su cumplimiento esas leyes regeneradoras del progreso. Doña Beatriz de la Cueva fué la primera mujer que aspiró á gobernar estos pueblos, después de la muerte de don Pedro de Alvarado, su esposo, y lo consiguió, aunque de una manera efímera y nominal, á despecho de la tenáz oposición que le hiciera el hombre. El libro y la prensa publican constantemente los trabajos que sobre diversas materias lleva á efecto la mujer, y últimamente la Universidad de El Salvador la ha recibido en su seno para cultivar las diferentes carreras científicas que en ella se siguen.

II

Hay momentos históricos que valen siglos en el progreso de la humanidad. La fecha en que muere un tirano ó nace un redentor, el

instante en que se destruye un error general ó se concibe una verdad consoladora, el día en que nace Colón ó muere Maquiavelo, representan un largo período de labor constante en pro de la libertad y el derecho, significan un conjunto de esfuerzos triunfantes, revelan una síntesis de las batallas de muchas generaciones muertas. Y lo que se dice de la humanidad en general debe también decirse de las naciones y de los pueblos en particular. Antonia Navarro es una gloria salvadoreña: y por lo mismo tengo por muy natural y justo que el 10 de agosto de 1870 en que ella vino á la vida, debe ser y es fecha importantísima para los que rendimos homenajes á la virtud y al talento.

El Licenciado don Belisario Navarro y doña Mariana Huevo, fueron los padres de la señorita á quien van consagradas estas líneas; habiendo acaecido el nacimiento de ésta en la ciudad de San Salvador y en la fecha mencionada. Muerto el primero cuando ella era demasiado niña aún, su madre que á las dotes de la inteligencia une las prendas del corazón, no descuidó la buena educación de sus hijos, haciendo para ello toda clase de esfuerzos y poniendo á contribución todos los medios de que pudo disponer.

Los días primeros de la señorita Navarro pasaron como pasa entre nosotros la niñez, sin interesar gran cosa la atención del público; porque es de advertir que pocos y muy pocos son los que aprecian los méritos de esa edad, por notables que sean, cuando se contemplan en los bancos del colegio. ¡Hay tantas criaturas inteligentes que no pasan de ser sastres y zapateros! Con todo, los premios y distinciones con que regularmente terminan los trabajos en los establecimientos de enseñanza primaria

y secundaria, han de haber hecho pensar á más de uno de tantos que por curiosidad van á esos actos, en lo que sería la mujer entre nosotros si se consagrara á cultivar y ejercer las carreras científicas y literarias. El que estas líneas escribe y cuando aun no había visto á ninguna señorita cursar en las áulas universitarias, tuvo pensamientos de esta naturaleza siempre que encontró una niña de inteligencia superior entre las muchedumbres escolares. Desgraciadamente á diario estamos viendo que por brillante que sea el talento de la mujer, por notable que sea su ingenio, al salir de las áulas abandona el estudio y el libro, y pierde hasta la pequeña reputación adquirida en la escuela. Bajo tales auspicios verificó sus estudios preparatorios en los colegios de la capital la señorita que tan distinguido puesto debía ocupar más tarde entre los cultivadores de la ciencia.

Desafiando las burlas de los necios, disimulando la comprimida y sarcástica sonrisa de los llamados sabios, rompiendo de una manera franca y sincera con la absurda tradición, ella comenzó á estudiar Ciencias y Letras en 1882, sentándose en el mismo humilde banco del hombre, donde discutió con éste los difíciles problemas de la ciencia disputándole los lauros del triunfo. De carácter dulce y generoso, su educación exquisita, y su ingenuidad de virgen la hicieron acreedora muy luego al aprecio y estimación de los profesores y al respeto y cariño de los condiscípulos. Las luchas constantes en la clase donde el ingenio y el talento despiertan y brillan; el estudio diario y el adelanto notable, vinieron á desvanecer por completo todas las malas prevenciones; y desde entonces, desde que los hechos llevaron á las conciencias el convencimiento de una verdad indiscutible en los pue

blos civilizados, la señorita Navarro continuó sus estudios con calma, asistiendo á la Universidad con la misma confianza que lo hacían sus colegas. Nosotros la vimos, mañana y tarde, salir de clase en medio del grupo de sus compañeros, con su libro y sus apuntes. Ningún obstáculo más encontró en su carrera, después de vencidos los que antes hemos indicado. Dado el primer paso, recogido el primer triunfo, la marcha en la senda del bien se facilita admirablemente. Sin embargo no faltó quien en los parques, en los cafés, en los paseos ó en las reuniones íntimas, manifestase su desaprobación y su censura.

— La mujer es el ángel del hogar, las delicias de la familia, la dueña de la casa; pero nada más que eso.

Y otro agregaba:

— Las mujeres bachilleras, las madres políticas, las esposas literatas son una calamidad social, no son buenas para maldita la cosa: Dios nos libre de las mujeres letradas más terribles que las siete plagas de Egipto.

No importa.

III

Era una de esas tardes bellísimas en que las frescas brisas que soplan del Sur traen en sus impalpables alas aromas de ignorados jardines para embalsamar la ciudad. El sol orgulloso reclinaba su áurea cabellera en un lecho de púrpura. La Universidad, vestida de gala, con el enjambre de sus charladores estudiantes, estaba risueña y alegre, muy alegre. En aquel sagrado recinto se respiraba una atmósfera de poesía, algo como el hálito primero de la aurora ó como el beso postrero del crepúsculo.

El pausado reloj del Rectorado dió las cuatro. Pocos instantes después, una bandada de niñas in-

vadió el Salón General regimiento adornado; otra después, y otra más. Lucían los vistosos y elegantes uniformes de los colegios; por todas partes se veían cabezas con sombreros emplumados en continuo movimiento, presentando semblantes alegres de vírgenes encantadoras: aquí la bella rubia de ojos azules, allá la simpática morena de ojos negros, revelando en la límpida mirada las castas ilusiones que agitan la fantasía en los catorce primeros años de la existencia.

Esto por una parte.

Por la otra, viejos académicos y catedráticos universitarios empingorotados, con frac y sombrero alto, bien afeitada la respetable barba y portando el tradicional bastón, fueron llegando de uno en uno y ocupando sus respectivos lugares. Después los diversos empleados del Gobierno, los comerciantes y todo lo que constituye la parte culta de una sociedad.

Indudablemente un acto extraordinario tenía allí reunido lo bueno y grande de la capital: lo que piensa, lo que siente; lo que significa el presente, lo que representa el porvenir. Todos se dirigían la palabra entablando conversaciones animadas é interesantes; menudeaban los diálogos sostenidos entre hombres y mujeres, y los comentarios hechos en voz baja y con marcada reserva; las miradas, escudriñadoras y ansiosas, estaban fijas en algo no común. Y todo esto formando un cuadro armonioso, lleno de colorido y de luz, revelaba lo importantísimo del momento.

— ¿Qué sucederá? ¿Por qué motivo se prolonga indefinidamente la realización de un hecho tan deseado?

Los estudiantes, concedores de los achaques universitarios, son los únicos que no se desesperan, allí están gozando con sus chistes interminables, con sus bromas sale-

rosas: ellos son impasibles y aguardan con calma inalterable lo que á todos tiene impacientes y sobresaltados. Llega por fin el instante que pone término á estas situaciones interesantísimas en que las miradas de la multitud están clavadas en un solo punto del espacio.

El timbre resonando en el salón hizo estremecer á todos los espectadores, como despertándolos de un sueño profundo. El acto principiaba. La venerable calva del sabio se contemplaba en medio de dos jóvenes; los tres representaban el tribunal universitario. Frente á éste, en el centro del salón, se contemplaba la figura de la señorita Antonia Navarro que, una vez concluidos sus estudios de Ciencias y Letras, se presentaba á sufrir la última prueba reglamentaria para obtener el título de bachiller. La sustentante sube á la tribuna y con voz argentina y trémula á la vez por la emoción, pronuncia un pequeño pero interesante discurso, á manera de prólogo de aquel acto singular: la discusión se entabla y durante hora y media los corazones y las inteligencias de todos estaban atentos y entregados á aquel momento en que una mujer disertaba con desenfado y naturalidad ya sobre ciencias naturales, ya sobre filosofía, ya sobre literatura, ya sobre idiomas. El acto fué brillante; el éxito espléndido. Un atronador aplauso de las mil manos que allí había dió la medida del triunfo alcanzado. Como abrumada por tan inusitada ovación se levantó la señorita Navarro del sillón donde se encontraba para ir á los brazos de amigas y condiscípulas que fuertemente la estrecharon en significación de regocijo y de parabién.

Cuadro muy natural; era la consecuencia precisa de un antecedente glorioso, el fruto de la no interrumpida labor de cinco años; pues

quien había luchado con abnegación inquebrantable, quien había arrostrado sarcasmos y burlas necias, quien había vencido obstáculos de todo género para llegar á la anhelada cima ¿no debía recoger también el fruto necesario y saborear el triunfo de tanto afán y tanto trabajo? La señorita Navarro recibió esa misma tarde, de manos del Rector de la Universidad, su diploma de Bachiller en Ciencias y Letras. Tenía pues, abierto ya el camino que conduce á glorias mayores; podía adoptar cualquiera de las carreras científicas que en la misma Universidad se enseñan. La Ley se lo permite, si ella lo desea.

Callaron por un momento las lenguas maldicientes: convenciéronse todos de que la mujer salvadoreña posee tan buenas dotes intelectuales como el hombre. Así lo confesaron todos. Cuando se está bajo la influencia irresistible del talento, cuando la inexorable lógica de los hechos domina el corazón y subyuga la inteligencia, cuando la grandeza del momento nos sorprende y nos hunde en una especie de éxtasis ó de vértigo misterioso, todo lo ruin y bajo calla, todo lo pequeño y lo miserable se escapa y huye; pasado ese momento, los instintos despreciables vuelven á desarrollarse en el pecho indigno. Tal es la humanidad.

—Pero las pretenciones de esa niña llegarán más allá?

—Las leyes del decoro permitirán que una mujer se presente ante los tribunales á pleitear con los hombres?

—Será posible que el ángel nacido para ser la dicha del hogar se consagre á los prosaicos estudios anatómicos y patológicos en los anfiteatros de los hospitales?

—Podrá encomendarse á la mujer, de suyo versátil y rencorosa, el despacho y dirección de una Farmacia?

—Convendrá á su naturaleza delicada y endeble los trabajos rudos y fatigosos del ingeniero?

Estas y mil preguntas más, de clases diferentes y en tonos distintos, se hicieron después del acto que acabamos de referir, no encontrándoles, según ellos, una solución que armonizase con el carácter de la mujer. Ya veremos como la señorita Navarro resolvió el tan difícil problema, causando otra verdadera sorpresa en el público.

(Continuará.)

ABRAHÁM CHAVARRÍA.

UNA CARTA DE AMOR.

I

¡Me doy á las once mil,
cuando recuerdo el percance
que, en un amatorio lance,
aconteció al buen don Gil!

Y juro á Dios y en conciencia
que, desde entonces, intento
encerrarme en un convento
para guardar continencia.

Y, puesto que viene á pelo,
de don Gil la alegre historia,
sino es infiel mi memoria
ahí va... ¡prémieme el cielo!

II

Era el mancebo, lector,
el terror de la comarca,
un calavera de marca
que *hacía* versos de amor.

Frisaba en los treinta y ... pico;
pero, al mirarle, cualquiera
sus cuarenta años le diera
al bueno de don Gil Mico.

Era su cara redonda,
su nariz muy colorada,
su boca muy pronunciada,
aunque de bigotes monda.

Célibe de profesión
y galanteador de oficio,

tenía mucho de Picio
y nada de Salomón.

Era, en fin, un buen sujeto
en todas sus cosas pulcro.
Llevóle, empero, al sepulcro
un defectillo secreto.

Y era, que no demandaba
de palabras una cita,
sino por una cartita
que á *zopilote* apestaba.

¡Dichosísimo don Gil...!
Era tan enamorado
que solo yo le he contado
de conquistas hasta un mil.

Y es lo bueno que salía
airoso en toda demanda;
pero el diablo, que en todo anda
dispuso chasquearle un día.

No te asustes: esos chascos,
que dejan á uno como ido,
los lleva, lector querido,
el que es alegre de cascos.

III

Axioma: al cabo y al fin,
y es verdad reconocida,
á todo cerdo en la vida
le llega su San Martín.

Y va de cuento: Fué el caso
que, después de las conquistas
de tantas muchachas listas,
sufrió don Gil un fracaso.

Vió en su pueblo una muchacha,
hace ahora un año justo,
bonita, que daba un gusto,
muy ladina y vivaracha.

Quince mayos la doncella
tendría y, fuera de broma,
parecía una paloma
en lo gentil y en lo bella.

¡Qué boquita, cielo santo,
tan salerosa y tan breve!
¡y qué talle aquel tan leve!
¡y qué róstro! Era un encanto.

Ni Diana, ni otra, en lo pura
á Marta igualar podría;
pero callo, que á fé mía,
decir más fuera locura.

Don Gil la vio y la miró,
y ella, al ver que la veía,
con amable monería
las miradas le pagó.

Don Gil se enamoró de ella.
(Muy pronto, — dirá el lector, —
no tal, hoy se ama al vapor.)
Siguió, pues, á la doncella,

supo donde ella vivía;
y el muy pillito y muy tunante
se constituyó en su amante
y la rondó noche y día.

Y *ella*, — lo dice la historia, —
cuando salía de misa
le enviaba una sonrisa;
y *él* creyó cantar victoria.

Y aún agregan los vecinos,
haciendo á su honor agravios,
que ella ponía en los labios
sus cinco dedos divinos,

y luego, con suavidad,
los quitaba haciendo un gesto;
pero bien puede ser esto
chisme de la vecindad.

Ello es que á la casa iba *él*
de la púdica doncella
y hacía al lado de *ella*
el más gracioso papel.

Ya le hablaba del vestido,
con el más gentil donaire;
ya del tiempo; ya del aire;
ya del gato preferido.

De amor nunca conversaba,
porque era en amores ducho;
pero siempre un cucurucho
de *anicillos* le llevaba.

Todo iba hasta allí muy bien,
y bien habría seguido,
si Gil no hubiera metido
la nariz en la sartén;

Mas, siguiendo su maldita
costumbre, escribió una carta
á la bellísima Marta,
solicitando una cita.

Y como habrá algún lector,
de esos que á *ventura inmensa*

tienen el dar á la prensa
versos y cartas *de amor*,

pongo, para su consuelo
la carta de Gil á Marta.
¡Sabe Dios si la tal carta
servirá á otro de modelo!

IV

Así la carta decía,
la copio sin dejar nada,
solo que ya está enmendada
de faltas de ortografía.

“Dulce Marta de mi vida,
si de mi amor no te he hablado
ni de tu boca escuchado
la sentencia apetecida,

es porque mi lengua es corta,
y porque es pobre mi acento;
pero es grande mi tormento:
te amo, lo demás no importa.

Y lo digo por escrito,
porque al estar á tu lado
me siento como arrastrado
en medio del infinito.

Pues ¡quién al verte, *mi bien*,
no te ha de amar, *serafín*?
Yo no puedo vivir sin
tu amor, *hurí del Edén*.

Ese tu mirar travieso
á mirarte me provoca
y esa tu divina boca
me provoca á darte un beso.

¡Ah! Pero es santo mi amor,
no me atrevo ni á mirarte;
y debo solo adorarte
como se adora al Creador.

Mas tú, cielo, sabes que
ha de escucharse al amante;
y así, espero que un instante
hablarte á solas podré.

No ignoras que soy honrado,
que nadie nos ha de oír;
y que soy mudo, es decir,
el amante más callado.

Te juro por lo más santo
que no es liviano mi intento,
¡dí, dejarás descontento
al que te idolatra tanto?

Compadécete, *primor*,
de quien te ama de tal suerte
que se daría la muerte
si le negaras tu amor.

Que me contestes te indico;
y aquí mi carta concluyo
firmándome siempre tuyo
hasta la tumba.... "Gil Mico."

V

Resumamos el artículo
y dime, caro lector,
escribir cartas de amor
¿no es altamente ridículo?

¡Pues! ¡Y la de Gil es nada!
En otras entran el rayo,
el trueno, las flores, mayo,
la parca y la *tumba helada*.

Hay otras en que aparecen
tías que echan bendiciones,
destrozados corazones
é ilusiones que fenecen.

Yo conservo un papelito,
que llevó personalmente
á su novia un pretendiente,
y tiene este parrafito:

"Bien sabes que soy muy bueno
y que te adoro, bien mío,
tanto que atrapé un resfrío
por estar en el sereno.

Tú, quizá no me has amado,
pues ¿qué pudieras temer,
con escucharme, á no ser
un furioso constipado?

¡Y no saliste....! Y los pillos
rierónse de mí en mi cara.
No importa. Amor no repara
en reumas ni tabardillos."

Estos y otros disparates
el papelito entrañaba;
y por cierto que apeataba
á cebollas y á tomates.

Si más quisiera charlar
sobre lo que hay que decir
de esas cartas, sin mentir,
sería nunca acabar.

¡Yo, andarme con tanto baile
para declarar mi amor....!

En ese caso, mejor
dispondría hacerme fraile.

VI

Recibió Gil ese día
de su dueño idolatrado
un papelito encarnado
que estas frases contenía:

"En la casa de mi amiga
la Juana, don Gil, lo espero,
á las once, yo lo quiero;
pero ¡por Dios! no lo diga!

En mi casa aunque quisiera
recibirlo, no podría,
pues mi mamá ¡ave María!
me matara si supiera....

Adios: y queme esta carta:
no falte; y no diga nada;
y mande en todo á su criada,
que tanto lo quiere,—Marta."

Don Gil, tal respuesta al ver,
estaba que no cabía
y del gusto que tenía
mandó comprar que beber.

No nos ha dicho la historia
si le gustaba el licor,
mas, para tener valor,
bebió entences que fué gloria.

Y, en el colmo del exeso
de su amorosa pasión,
entre cada libación
daba á la cartita un beso.

Al hacerlo curas tales
Gil estaba en su derecho;
y todos las hemos hecho
sino mayores iguales.

Porque, estoy bien convencido,
en este mundo menguado,
es el hombre enamorado
el loco más divertido.

Resúmen: Gil se achispó,
de negro se vistió todo;
y *arreglado* de ese modo
la hora terrible esperó.

VII

Sonó, por fin, la campana
y, hecho de oro una tacita,

dio otro beso á la cartita
y fuése á casa de Juana.

Cerrada la encontró el tal,
mas, como era hombre de trazas,
(nadaba sin calabazas)
remedió muy pronto el mal.

Atravesó un corredor
que iluminaba un candil;
y siguió adelante, Gil,
con admirable valor.

Cayendo que levantando
hasta el comedor llegó,
allí un bulto blanco vió;
y se dijo: está esperando....

—¡Marta! murmuró; mas viendo
que el bulto no respondía
dijo riendo:—apostarí
que tú me la estás haciendo....

La escasa luz del candil
apenas iluminaba
el sitio en donde pasaba
la escena entre el bulto y Gil.

Una claridad escasa
los objetos envolvía:
y todo allí parecía
como flotando entre gasa.

Otro, sin darse gran maña,
comprendiera, aunque beodo,
que una cita de ese modo
era cita bien extraña;

Mas don Gil, bajo el imperio,
de su pasión amorosa,
no se fijaba gran cosa
en nada de aquel misterio.

—¿No me escuchas?—preguntó
con un acento benigno.
—Y el bulto aquel con un signo
de afirmación respondió.

Y, temblando de emoción,
agregó:—¿pero qué es esto?—
—Y el bulto blanco hizo un gesto,
como quien dice; chitón!—

—Pero dí, ¿por qué, mi bien,
tu boca en callar se empeña?—
—Y el bulto le hizo una seña
como diciéndole; ven!—

Don Gil, que no era un pelmazo,
corrió hacia el bulto, derecho;
y lo estrechó contra el pecho
en un dulcísimo abrazo.

El rostro tenía envuelto
el bulto en una tohalla;
pero era una débil valla
para amante tan resuelto.

Y sin parar la atención
en tan curioso disfraz,
le estampó un beso en faz
con indecible fruición.

Pero apenas lo beso,
cuando notó con sorpresa
que en una cosa muy gruesa
su beso depositó.

¡Santo Dios! murmuró el mozo
de aquella *cosa* al contacto;
y el bulto dejó en el acto
su mal amarrado embozo;

y, mostrándose cual era,
dejó á don Gil alelado,
viendo que su dueño amado
gastaba bigote y pera.

Y sin ningún miramiento,
soltando una carcajada,
el bulto una bofetada
asentó á Gil al momento;

y tras esa, otra, y dos más;
y todas tan bien plantadas
que en mi vida bofetadas
mejores no ví jamás.

De la postrera, don Gil,
fué á caer, para su mal,
en medio de un albañal,
de la manera más vil.

Y al ruido que hizo al caer,
varios criados acudieron,
que las costillas midieron
al triste, á más no poder.

Y me le daban al mozo
¡bendito sea el Señor!
con tal gracia y tal primor,
que el mirarles daba gozo.

Medita, lector sesudo,
medita como estaría

don Gil; pero ¡ave María!
se defendió como pudo;

y, como Dios le ayudó,
logró quitar de sobre él
ese furioso tropel
y asaz derrengado huyó.

VIII

Justo es que quieras saber
el desenlace del cuento,
y en este mismo momento
te voy á satisfacer.

Por descuido, se extravió
de Gil la amatoria carta;
y en vez de leerla Marta
un su amante la leyó.

Y el tal, que era un estudiante
de esos de la vida airada,
jugó á don Gil la pasada
que sabe el lector galante.

Con minucioso cuidado
la letra imitó de Marta
y contestó á Gil su carta....
Lo demás queda explicado.

Mas, para satisfacción
de mi alma, decir me resta
que Gil, al fin de la fiesta,
se murió de inflamación;

y que Marta se casó
después con el estudiante;
y diz que cuando era amante
ni un billete le mandó.

IX

Después de esto, buen lector,
¿cometerás la torpeza
(disimula la franqueza)
de escribir cartas de amor?

Y cuenta que lo de Gil
no es tortas ni pan pintado:
¡morir un enamorado
de una manera tan vil!....

Yo creo, Dios me perdone,
que en esas cosas de amor
no escribir es lo mejor,
porque el que escribe se expone.

Que ya por desgracia un día
la abuela ó el hermanito
pillan á ella el billetito
¿Qué hacer? ¡Vamos no hay tu tía!

Me la zurran, es un hecho:
lo gritan, por de contado,
y, por fin, lector amado,
te casan y ¡buen provecho!

O bien, que por un descuido
la cartita se extravió,
y otro que ella la leyó,
dí, lector, ¿no te has lucido?

O bien, han tenido riña:
tú la pusiste... de flores;—
y, enojada, tus primores
enseña á todos la niña....

O bien; y es muy natural
ella se casa con otro
(aunque te ponga en un potro
ese casorio fatal.)

En la noche de la boda
¿qué piensas que hace el marido?...
¡Nada! Leer divertido
tu correspondencia toda.

A guisa de amigo viejo,
para evitarte esos sustos
y otros terribles disgustos,
te voy á dar un consejo.

Cuando quisieres de amor
enviar algunos billetes,
date pronto de cachetes,
ó cuélgate, que es mejor.

Por mí, lo he pensado bien,
antes que llegue á escribir
tales cartas me hago freir
ó me descalabro.—¡Amén!

San Salvador.—1891.

JOAQUÍN ARAGÓN.

CARACTERES DE LA RAZA LATINA.

I

A la verdad, que es digna de
encomio la constancia inalterable
con que la simpática asociación de
que es órgano este periódico, em-
prende la fecunda é ímproba labor
que se ha impuesto en bien de
nuestras patrias letras.

Empeñados sus socios en conquistar una de las más puras glorias, ni se entibió su entusiasmo primero, ni desmayaron los ánimos con los mil obstáculos que á su paso han debido presentarse.

Y al pensar en tan inquebrantable constancia y comparar esos bríos y entusiasmos con los entusiasmos y bríos tan pronto nacidos como acabados de esta nuestra amada raza latina, no se puede menos de creer que esta excepción solo sirve para confirmar la regla.

Porque es desconsolador ver, que las prodigiosas aptitudes que tenemos para las ciencias, el amor innato al arte, la vivacidad, el fuego de nuestra sangre, se tornen humo, por nuestra sobra de imaginación y nuestra falta de energía, haciendo de esta manera que las razas del Norte, con menos elementos de progreso, nos tomen la delantera en la marcha de la civilización.

Ne es mi intento hacer un paralelo (por necesidad bochornoso para nosotros) entre los latinos y los sajones ó cualquier otro pueblo septentrional; el orgullo de raza se sublevaría en mi alma y no es por cierto este estado del ánimo el más apropiado para hacer un estudio de esta clase; mas este orgullo no me impedirá que, siguiendo los impulsos de mi cariño, trate de reseñar las, á mi juicio, causas de atraso de la latina raza, que así desdice del gloriosísimo abolengo, tan brillante y poético como ninguno.

Helos dicho ya: por virtud de nuestra exaltadísima imaginación y por la ninguna energía para los combates de la vida, consecuencia lo uno de lo otro, viene el desequilibrio de nuestras facultades intelectuales y morales y por tanto la ineptitud para la obra del progreso.

Nosotros los hijos de los trópicos, en la juventud tanto y tanto soñamos que en la bruma de la ilusión se disuelve nuestra energía.

Soñamos en la gloria y parecemos que nuestras aptitudes intelectuales nadie las tuvo antes y nos figuramos que andando el tiempo, el nombre nuestro de tal modo brillará y tal será su resonancia, que oscurecidos quedarán los nombres más preclaros de sabios, artistas ó guerreros—y para conquistar esa gloria nos estamos en nuestras peresosas hamacas, soñando, soñando, sin dar un solo paso en busca de los medios que nos han de poner en posesión del anhelado fin, sin hacer nada por la humanidad, nada por la patria ó cuando más fabricando plañideras poesías ó artículos de relumbrón. Pasan los años, disipando las ilusiones, ya que nuestro nombre sigue tan ignorado como al comienzo, lo cual nos sume en estéril marasmo. Y esto produce nuestro atraso en las ciencias y las letras, que por fortuna y gracias á esta sociedad y á otras análogas, lleva trazas de desaparecer.

Y junto con la aspiración á la gloria halla cabida en nuestro pecho la sed del poder. Creemos que en no lejano día hemos de tomar las riendas del Gobierno, aclamados por la multitud de quien seremos ídolos—y para ese entonces, cuántas ilusiones nos hacemos! Nadie habrá hecho el bien como nosotros: todos los adelantos, las invenciones modernas, han de hacer progresar á nuestra patria; pero todo ese progreso ha de ser con la precisa condición de no tener limitaciones en el ejercicio de la autoridad y sin sujetarse á la disciplina de ningún partido. De aquí salen los declamadores ilusos, henchidos de palabras huecas y ampulosas. Pasan los años y el soñador ve que el pueblo no le aclama y que ha de poner algo de su parte para lograr lo que desea. Y entonces en vez de trabajar legítimamente ó se arrastra vergonzosamente á los pies

de los que mandan ó se hace partidario de todas las revueltas sin fijarse en la bandera que levantan. De bochinche en bochinche aquel semi-desilusionado, se empuerca y envilece hasta parar en un saltador de puestos públicos, ambicioso sin ley ni bandera, que ningún medio, por indigno que sea, desdeña para conseguir su objeto. Y resulta que no habiendo partidos, ni ciudadanos que dentro de los límites legales se propongan el adelanto político, la nación no sale de un despotismo sinó para caer en otro.

Y como pasa con estas ilusiones sucede también con los sentimientos más puros y nobles que alberga el corazón: la religión y el amor.

Ciegos que vamos dando traspies de un extremo al otro, sin hallar jamás la verdadera senda, ó somos descreídos impenitentes, burlándonos de todas las creencias, pero creyendo en necias supersticiones, ó fanáticos exagerados. Y qué fanáticos! Dispuestos á dar la vida por la religión, intransigentes con todo lo que esté fuera de ella, no se diferencian en nada por sus actos de los ateos: ningún precepto religioso observan y apenas, sí, ya para morir se acuerdan de lo que llaman la salvación de su alma.

De propósito dejé por último el entrar en consideraciones acerca del amor, porque esta afección es la que más nos sume en la desgracia, no porque ella sea mala en sí, sinó por lo que la alambicamos y falsificamos.

El amor no es para nosotros el lazo de que la naturaleza se vale para atarnos á la vida y conservar y perpetuar nuestra especie; no es el sentimiento purísimo, pero humano, que ha de servirnos para tener más bríos en la azarosa lucha por la existencia y hacer más llevadera la carga que sobre todos pesa.

Es algo que hacemos tan sutil é incomprendible, tan misterioso y alambicado, tan anti-natural y deforme, que viene á parar en delirio angustiador y enfermo.

Ama el sajón (permítaseme apartarme de mi primer propósito de no tocar con las otras razas) y desde que ama va derechamente á su objeto sin suspirillos líricos, ni palideces románticas, ni ensueños tontos, y luego que tiene la seguridad de haber hallado compañera pónese con más pujanza al trabajo y lucha afanoso y enérgico, hasta que logra los medios que necesita para hacer más llevadera la carga de esta vida. Y comparte desde entonces sus alegrías y penas con su esposa, quien sabe que es como él imperfecta y con defectos y que es para aminorar éstos y para suplirse mutuamente, el por qué se han unido. Y resulta una unión dichosa y productora.

Mientras que, entre nosotros, criado el un sexo en completa incomunicación con el otro, en tal ignorancia se encuentran de su recíprocas cualidades y tan distinta idea se tiene de lo que son, que las ilusiones con que desvarían rayan en locura quijotesca y risible.

Cree el adolescente que la joven que cautivó su corazón, más por bella que por virtuosa y acomodada á su carácter, es un ser ideal y quimérico, "hecho de rayos de luna y gotas de rocío," ocupada únicamente en bordar de oro pañuelos riquísimos ó en trabajos análogos, eterea, impalpable, soñadora, sin defectos, con la única pasión de quererlo, angel sin alas, canto de ave, rumor del viento.

Y cree la joven, que aquel que hizo presa de su alma, por lo bien cortado de sus vestidos y por los billetitos perfumados, es un ser sobre natural, generoso, sencillo, distinto de los demás hombres.

Y piensan ambos que su futura

vida será correr por los prados recogiendo flores en las auroras, arrullarse eternamente, sentarse en las noches contemplando las estrellas, unidos de las manos, reclinada la cabeza de ella en el hombro de él y que Dios se ha de encargar de alimentarlos y desempeñar los oficios domésticos.

Llega el caso que se unen los dos ilusos perpetuamente, y aquí es el desengaño tremendo, la realidad implacable y desolada, aquí el doloroso desencanto que hace trizas y echa á tierra el castillo de sus ilusiones y les llena de indiferentismo helado, estéril, enqueñecedor.

El buen Dios no se encarga de la dirección del hogar, ni basta el rocío de los prados ó los rayos de luna para alimentarse: hay que entregarse al trabajo prosaico, á las ocupaciones serias.

Y luego, observan que hay defectos, que ella no siempre está igualmente bella y él no está siempre cariñoso. Entonces viene el anonadamiento del espíritu, la tosquedad del egoísmo mas necio y lo que es más doloroso, el desapego de aquellos dos seres, el frío que invade los corazones.—(*Continuará*).

J. V. BORNARIS.

HECES.

I

Si yo, que ya no tengo ni una sola,
 ¡Ni una sola ilusión!
 Y que miro al través de un velo negro
 Todo cuanto subsiste bajo el sol;
 Si yo, que cuando siento
 Dentro el pecho latir mi corazón
 Me asusto cual si oyera que algún muerto
 Golpeará de su tumba en lo interior;
 Si siendo como soy, á cada instante
 Sufro una decepción,
 ¡¡Cómo habrán desufrir las pobres gentes
 De quienes sin piedad se burla Dios,
 Llenándoles el alma de quimeras
 Y cándidos ensueños
 De dichas y de amor!!

II

¡Oh mujeres! mujeres! qué adorables
 Son todos vuestros locos desvaríos!
 ¡Oh! cómo tiembla el alma estremecida
 Al vivo ardor de vuestros besos íntimos!

* * *

¡Ah mujeres! mujeres! quién creyera
 Que si no son mentira ó son capricho,
 Vuestros más fervorosos entusiasmos
 Sólo son . . . histerismo!

GABUL.

San Salvador, 1892.

PROSA.

La educación, el comercio con determinados preceptistas, las naturales inclinaciones y lo que han denominado medio ambiente, influyen sobremanera en el procedimiento del literato, al grado de poderse afirmar en el mayor número de casos que las producciones de cada período histórico son, ante todo, consecuencia necesaria de los antecedentes intelectuales y de los conocimientos difundidos en épocas anteriores, como reflejan al propio tiempo el estado de cultura de las sociedades en que han nacido. En momentos en que neceias preocupaciones han llamado la atención de los espíritus mas fuertes, y en que con mayor ventaja han privado multitud de errores, la producción intelectual se ha resentido notablemente de las ideas dominantes y la posteridad ha confirmado su creencia.

La molicie y corrupción, cuando se han impuesto en las costumbres, traen como precisa deducción obras enfermizas y atolondradas, concebidas quizá en el instante vergonzoso de de la orgía ó llevadas á término, bajo la presión horrible del vicio; y el efecto contrario se nota en otras de reconocido mérito y de indisputable utilidad, que son hijas de la reflexión atinada y del ejercicio brillante del talento

al amparo vivificador de la libertad, sin cuyo auxilio los frutos de la inteligencia son pobres y desahucados, como los de las plantas tropicales cuando les falta el alimento vigoroso de nuestras tierras férricas y el potente calor de nuestros climas. Lo que se dice relativo á las inclinaciones y tendencias, puede asegurarse hasta en los giros y modismos del lenguaje, siendo bastante fácil á los críticos valerse de los recursos del idioma para alcanzar á saber la época en que fueron escritas las obras que analizan.

El proceso de las obras literarias desde que se concibe la idea, se escogela manera de exponerla, se arregla el método y se estudia su trascendencia, indica ciertamente que el esfuerzo de la razón, la fecundidad del entendimiento, la facultad creadora y la pureza del sentimiento, muy pocas veces se sobreponen á los criterios generalizados y á las ideas difundidas. El concepto anterior se refiere tanto á la poesía como á la prosa; los productos de la inspiración se amoldan á las necesidades del momento y su influencia benéfica se ejercita con los cantos enérgicos de Tirteo, los tercetos grandiosos de la Divina Comedia y el poderío incontrastable de la inmortal obra de Cervantes; y en los tiempos que corren la ley se comprueba con las tendencias que se han dado á la novela moderna, que sin rayar en un exclusivismo exagerado, sintetiza elocuentemente las ideas materialistas aunque tal denominación se encuentre paradógica. La falta ó por lo menos la ausencia de lo que dignifica la personalidad lo hallará el observador menos diligente, comparando entre la novela de principios del presente siglo y la que hoy se intitula de fin de siglo, como gráficamente lo expresa esa fracesita que se amolda á todo.

La elaboración artística tiende

á realizar su fin y ya en cierto orden de trabajos se propone exclusivamente elevar los corazones con las amables excelencias de lo bello y perfeccionar los espíritus por medio de las dulces impresiones del sentimiento, así como también se tiene en mira la perfección de las costumbres y la difusión de las trascendentales verdades. Belleza y no otra cosa reina en las admirables obras de la naturaleza; los azules pabellones del firmamento, bajo cuyo amoroso amparo toman vida el poema del nido y la estrofa del ala, el poético silencio de los campos, interrumpido á veces por el melancólico susurro de la brisa en las verdes copas de los hermosos árboles, el aspecto risueño que en las mañanas primaverales ofrecen á la contemplación los floridos vergeles, son notas de esa eterna música de lo bello siempre nueva y siempre sublime. A la belleza se deben esas emociones gratísimas, producidas por heroicos rasgos de abnegación, las altísimas obras en que la fantasía ardiente y la inspiración robusta de los poetas, se manifiestan soberanas y avasalladoras en la profundidad del pensamiento y en la elevación de las ideas; es la belleza quien reside bajo los arcos medio derruidos de los soberbios castillos, que han presenciado interminables leyendas de amor y combates terribles en que el tajante acero ha golpeado fuertemente en la pulida superficie del yelmo del contrario; belleza que como fuerza nunca agotada es en Atenas la musa inspiradora de lo grandioso, el impulso vivificador del buril que modela el contorno delicado de la estatua, el aguijón constante que guía el pincel coprador de albas cunas, donde duermen ángeles de ojos color de cielo y cabelleras color de oro; que reproduce con inimitable fidelidad los caprichos de

la luz y los misterios de la sombra, las alegrías de la aurora y las tristezas de la tarde.

La expresión del arte puede ser de distinta manera y existe para ello una razón bastante poderosa, pues como los varios géneros se basan en concepciones del todo diferentes las unas de las otras, no pueden servirse de los mismos medios la Didáctica y la Oratoria y el dramático y el novelista y hasta en la Poesía encontramos que despertado el entusiasmo ante el espectáculo imponente del Océano, en presencia de las fuerzas indomables de los elementos desencadenados, la fantasía se exalta y produce obras generadoras de supremos ideales; y cuando no es la impresión exterior sino más bien el combate del interior, cuando la impresión, la vivísima impresión que en las almas delicadas ocasiona y aumenta esa musa triste del dolor que trae las pálidas rosas de la desesperanza, el perfil sombrío de los pesares y las negras aves del delirio, nacen entonces esas composiciones en que el espíritu doliente va derramando el purísimo rocío de las lágrimas que calma abundantemente los negros rigores de la fortuna y la espantosa acción de la desgracia.

La belleza necesita de la forma y bien puede ser esta la poética ó la que le facilita la prosa, y sobre este punto han discordado los preceptistas considerando unos que en toda forma cabe la belleza, mientras que otros opinan que solamente existe en el lenguaje rítmico. Respecto á esta última opinión valdría tanto como decir que antes de que existieran las notas de la escala no existía música, que no había belleza mientras no se prefijaron reglas. En los dominios del arte no caben diversificaciones, hay unidad en la esencia y libertad en el procedimiento. La sensibilidad es facultad de belleza, la emoción es-

tética es de suyo ajena al interés y solo produce el perfeccionamiento de las cualidades afectivas. Tales ideas las manifestó el filósofo Cousin cuando sostenía que "el sentimiento de lo bello es la satisfacción de sí mismo."

En la prosa hay bastante libertad para la expresión del pensamiento y se presta ella con igual facilidad así para las más abstractas operaciones de la inteligencia como para los vuelos más arrebatados de la imaginación; la prosa estética puede expresar cuanto noble haya en el corazón, cuanto hermoso resida en el espíritu, cuanto bello produzca la inspiración. La forma no es la poesía, es algo que brinda el sentimiento, que no se aviene con el convencionalismo extravagante, que nos llega sin esperarla, de momento.

Poesía hay, aun cuando la palabra no la expresara, aun cuando tales fórmulas desaparecieran por completo. El lenguaje rítmico no puede negarse que es la más hermosa expresión de la poesía; pero de allí á considerar el verso como esencial en ella vá una gran diferencia y por eso se puede decir con el poeta: podrá no haber palabra pero siempre habrá poesía.

La delicadeza, el sentimiento son cualidades de la poesía, por ella se piensa alto, se siente hondo y se habla claro. Producciones existen que sin el hermoso atavío del verso son esencialmente poéticas. Las inimitables obras de Chateaubriand, son modelos que el literato debe estudiar, que el poeta debe tomar en consideración; párrafos hay profusamente en los discursos de Castelar que son trozos de verdadera poesía y en la prosa de Montalvo campean gallardamente aticismo en la frase, grandiosidad en la forma, encantadora sencillez y sin igual poesía en el fondo. ¿Y el *Quijote* no es obra poética? Valga este ejemplo por todo lo demás. Es im-

posible desconocer cuánto favorece el verso á la poesía, un poeta español ha dicho acertadamente y con mucha galanura que "el verso es para la poesía la góndola de nácar en que boga y las alas del cisne con que vuela." La sonoridad del ritmo y la música avasalladora de la forma son las hermosas galas de la belleza y la armónica idealidad de la poesía.

VÍCTOR M. JEREZ.

NOTAS.

—EXPOSICIÓN DE CHICAGO.—

La prensa toda, así del Antiguo como del Nuevo Mundo, se ocupa en la actualidad con entusiasmo é interés inusitados de tratar todos los asuntos que de una manera ó de otra se relacionan con el 4.º Centenario del descubrimiento de América por el inmortal Genovés que, después de arrostrar y vencer todas las dificultades y peligros con que la humanidad impide ó retarda á veces las obras del genio, supo arrancar con mano y voluntad todopoderosas de los abismos del océano, un edén ignorado, para engarzarlo, como valiosa joya, en la ya célebre corona de Castilla y Aragón. Entre las grandes fiestas que para conmemorar la fecha del acontecimiento sin rival en los anales de la Historia, está la gran Exposición de Chicago á donde todos los pueblos de América llevarán en homenaje, los productos de su trabajo y de su civilización en las múltiples manifestaciones de la actividad humana. Con este motivo hemos recibido del señor M. P. Handy las siguientes noticias que con el mayor placer insertamos en nuestro periódico:

THE WORLD'S COLUMBIAN EXPOSITION.

SUeltos.

La Exposición que hará Edison en la "World's Columbian Exposition" será espléndida de veras. Dicen que intenta gastar Edison en ella la suma de \$100,000.

El inmenso valor y la importancia incalculable de la "World's Columbian Exposition" para todo el mundo como poderoso agente para el más grande y armonioso desarrollo de la civilización moderna con todo lo que comprende éste, acaba de recibir alto y valioso reconocimiento por medio de la acción formal del Gobierno Imperial Austriaco. Se pensaba celebrar en aquel país un gran certámen universal artístico bajo el título de la Exposición Internacional Artística en el año de 1893. El Gobierno ha decretado, que en vista de que en aquel año se celebrará la "World's Columbian Exposition," y deseoso no solamente de ayudar tan loable empresa sino de evitar cualquier obstáculo que pudiera oponerse á su feliz éxito, se aplazará la Exposición Austriaca para el año de 1894.

Ya que los gigantescos palacios y edificios de la "World's Columbian Exposition" están construyéndose, se empieza á formar ideas más exactas sobre la verdadera inmensidad de la empresa. Por ejemplo, para los techos de los varios edificios se hará uso de una cantidad de vidrio bastante para cubrir 29 acres. Esta enorme cantidad de vidrio necesita de 120 de los más grandes carros de flete de los ferrocarriles para su transporte. Para el techo del solo Palacio de las Artes Liberales y Manufacturas se usará el contenido de 41 de estos carros, ó sea lo suficiente para cubrir once acres. Para la construcción de este enorme edificio se usarán 11.700,000 libras, ó sean 5,850 toneladas, de hierro y acero. No'es fácil imaginar todo lo que comprenden estas cifras, más algo se puede figurar al saber que en el famoso puente de Brooklyn se usaron solamente 3,600 toneladas, y en el aún más famoso puente de St. Louis, en Missouri, solamente 5,600 toneladas, y estos dos puentes son los en que se ha empleado las más grandes cantidades de esos metales. Algo más, los puentes mencionados son construidos casi íntegramente de metal, pero el hierro y acero que se usan en la construcción del Palacio de las Artes Libereles y Manufacturas se emplean solamente para el esqueleto ó armazón del edificio. El contrato para esta enorme cantidad de hierro, en forma de cuartones, etc., ha sido firmado con una compañía de cons-

trucción de puentes de Pennsylvania por \$460,000.

Los ciudadanos de Filadelfia discuten actualmente el proyecto de llevar á Chicago, para que sea expuesta en la "World's Columbian Exposition," la colosal estatua de William Penn que se colocará encima de la torre del nuevo Palacio del Ayuntamiento de aquella ciudad, cuando quede ésta concluida. Esta estatua mide 37 piés de altura, y es de tan enormes dimensiones que será posible para un hombre montado á caballo pasear alrededor de las alas del sombrero que lleva Penn. La estatua está hecha de bronce.

El Palacio de las Señoras quedará en primer rango de los hermosos edificios de la "World's Columbian Exposition" en cuanto á su belleza y mérito artístico. Imaginado por una señorita, el plan de este edificio ha recibido la más distinguida apreciación de parte de todos los arquitectos que le han examinado. Ultimamente otra señorita, la señorita Alice Rideout, de San Francisco California, acaba de recibir aplausos meritorios por sus modelos para la decoración del edificio. Estas decoraciones consisten de tres grupos de estatuas que representan, el primero, "Las Virtudes de la Mujer;" el segundo, "La Mujer como el Espíritu del Progreso y de la Civilización;" y el último, "El Lugar de la Mujer en la Historia." El primero y el último de estos grupos serán colocados en las esquinas del edificio sobre el techo y á la altura de sesenta piés de la tierra. El tercer grupo será en alto relieve y llenará el frontis de la entrada principal. El costo de estos tres será aproximadamente de \$8,000.

El Japón ha ofrecido, mediante la concesión de un local conveniente, erigir, y, terminada la "World's Columbian Exposition," regalar á la ciudad de Chicago uno ó dos edificios del estilo arquitectónico antiguo de aquel país. Propone el Mikado reproducir en facsímil Kin-kakuji, convento de la secta de Zen en Kioto que fue erigido en el año de 1397, y también Ho-o-do, ó Templo del Fénix, que fue erigido en 1052, y que representa el ave fabulosa que el fuego reanimaba cuando estaba al punto de morir. Es una idea muy galante de los japoneses el ofrecer á la ciudad que saltó de las cenizas del tre-

mendo huracán de fuego que pareció haberla aniquilado completamente hace 20 años, este precioso Templo del Fénix. El costo de este regalo imperial no será menos de \$100,000 incluso la preparación de los jardines japoneses que rodearán los edificios. Pide el representante del Japón dos acres en la isla cubierta de bosques como lugar.

Según cálculos muy moderados, hechos por personas competentes, el número de personas que visitarán la "World's Columbian Exposition" no bajará de 150,000 diariamente. En ciertos días este número ascenderá hasta 400,000 á 500,000, siendo el primero de estos números el máximum alcanzado el último día de la Exposición de París en 1889. El local de la Exposición Jackson Park, se encuentra á una distancia de siete á ocho millas del centro de la ciudad, donde se encuentran los grandes hoteles y las principales estaciones de los varios ferrocarriles. Aunque un gran número de los visitantes á la Exposición sin duda se alojarán en los hoteles y casas más inmediatas á ella, sin embargo la mayor parte tendrá que hacer el viaje desde el centro de la ciudad. Interesa saber cómo se intenta llevar estas cuantiosas multitudes.

Las facilidades actuales son como sigue: ferrocarril del Illinois Central, dos líneas de tranvías de sistema de cable, y varios vehículos. Por medio de éstos se puede transportar como 50,000 por hora. Dos ó tres líneas de ferrocarril elevado están actualmente en construcción y hay otras en proyecto. Acabados éstos, podrán transportar hasta 100,000 personas por hora. Mas la Comisión de la Exposición, que tiene esta cuestión de transporte bajo su cuidado, trabaja sin cesar, y trabajará, hasta que vea el modo de transportar no menos de 250,000 personas por hora en ambas direcciones. No obstante que se están fomentando nuevas líneas de ferrocarril, etc., sin embargo espera la dicha Comisión la más perfecta solución del problema acerca de usar vapores en el Lago Michigan.

No hay razón para que no deje de haber de dos á trescientos vapores empleados en servicio de llevar pasajeros desde el "Lake Front Park" hasta la Exposición. Estos vapores serán hechos de hierro y de acero y pueden llevar de

1,000 hasta 1,500 pasajeros cada uno. Algunos entre ellos, mónstruos en su clase, llevarán hasta 2,500 pasajeros en cada viaje. Serán lujosamente adornados y provistos de todas comodidades. Habrá en cada uno una espléndida sala para las señoras y niños, restaurant, café, etc. En cada uno, una ó dos bandas de música mezclarán sus dulces armonías con las suaves brisas del magnífico lago; brisas que soplan por sobre 300 millas de agua fría y cristalina y llegan á la ciudad, frescas y agradables. Provistos de máquinas potentes, y del más reconocido sistema, pueden estos vapores hacer el viaje de ida y vuelta en una hora y media fácilmente. Tanto en el "Lake Frant Park" y en los terrenos de la Exposición hay un espacio ilimitado para el embarque y desembarque de todos los pasajeros.

No cabe duda que esta será la vía más escogida por la mayor parte de los visitantes al gran certámen. Desde la cubierta, defendido contra el ardor del sol por medio de toldos blancos y ámplios, el pasajero verá primero el inmenso puerto de la ciudad atravesado en todas direcciones por un sinnúmero de vapores y banderas, con velas pintadas de brillantes colores. Avanzando más hacia el lago, el inmenso panorama de la ciudad, la mejor construída y más activa del mundo, se desarrollará ante sus ojos. No bien haya comprendido toda la magnitud del maravilloso cuadro cuando aparecerá otro aún más maravilloso, aún más espléndido. Al principio mostrándose en torres y cúpulas doradas, pronto verá el espectador encantado, la magnífica perspectiva de los enormes y bellos palacios y edificios de la Exposición revelarse en todo su esplendor sin rival. Ni desde la cima de una torre de Eiffel, ni desde un globo cautivo será posible tener una vista tan espléndida y encantadora como la que se verá desde el lago. En vez de mirar una colección de techos y torres recortados por razón de la posición extraña de donde se les mira, se verá los triunfos del arquitecto y del escultor levantarse majestuosamente entre los árboles, las fuentes y las flores, rodeados de canales anchos de la misma agua zafrina sobre la cual actualmente flota uno, y con sus cúpulas y torres hiriendo las nubes. Figúrese este espléndido espectáculo; añádase en

la imaginación, todos los detalles, las multitudes de visitantes en movimiento continuo, el canto de los pájaros y los colores vivos de los jardines llenos de flores, y fácilmente se comprenderá que este panorama será tal vez el recuerdo más precioso que llevará el visitante cuando regrese á su propio país.

Los oficiales que tienen entre sus manos los destinos de la Exposición, la empresa más grandiosa que nunca el hombre ha emprendido en cualquier tiempo ó en cualquier país, quedan muy convencidos de lo que débilmente se ha bosquejado en las palabras anteriores; y en evidencia del gran interés que tiene en su realización, de la manera más completa, la Comisión Ejecutiva ha promulgado lo siguiente:

"En vista de que el viaje por el Lago Michigan puede ser la vía más agradable, más corta y más cómoda para llegar á los terrenos de la "World's Columbian Exposition" desde la ciudad, y vice versa;

"Y en vista de que no es posible fijar límites al número de personas que se puedan transportar por este medio;

"Y en vista de que este modo de transportar á los visitantes á la Exposición, al mismo tiempo que será agradable para ellos podrá hacerse muy lucrativo para los que emprendan tal empresa;

"Y en vista de que se quiere que este modo de transportar á los visitantes sea el más extenso posible;

"Acuerda la Comisión: que se inviten á todas las compañías y personas que desearan emprender la empresa de transportar pasajeros entre la ciudad de Chicago y la "World's Columbian Exposition" por medio de vapores, que se pongan en comunicación con el Sr. E. E. Jaycox, encargado del tráfico de la Exposición, de manera que, por medio de cooperación, se pueda ofrecer todas las facilidades posibles á todos los que deseen emprender tal empresa.

"Dicho oficial notificará á esta Comisión á debido tiempo, de todas las proposiciones que recibe sobre esta materia."

Un hecho importante no mencionado arriba es que casi todas las principales estaciones de los varios ferrocarriles se encuentran en las orillas del río, ó sobre el mismo lago, de manera que ser po-

sible para el visitante pasar directamente del tren al vapor sin necesidad de cruzar las calles de la ciudad. De que esto será muy importante y cómodo para millares de los que visitaren la Exposición, no cabe duda.

Además de eso se están arreglando los medios necesarios para que todos los ferrocarriles incluyan en sus boletas para el viaje hasta Chicago, un cupón que permitirá al tenedor hacer el viaje redondo por el lago en uno de estos espléndidos vapores.

LOS BUITRES,

Yo escalaba tu cuna, gran montaña,
Las águilas volaban á mi paso,
Y cuando mas erguido me veía,
Pisé mal, resbalé, caí rodando.

Cuando supe de mí ya era la tarde;
Herido me encontré y ensangrentado,
Y en aquellas inmensas soledades
Clamé al cielo y la tierra, y clamé en vano

Un buitre se cernía allá en la cima,
Como yo en el abismo, solitario,
Y hácia mí descendió con lento vuelo,
Como descende el mal sobre el postrado.

Tendió su cuello sobre mí, cual pude
Defendime del buitre ya ensañado;
Mas, otro apareció, luego un tercero,
Y otro más, y otro más fueron llegando.

Las negras alas en legión tendidas,
En su ronda infernal me circundaron;
Vi sus ojos llamear, sentí su aliento
Y el ansia de sus picos acerados.

Faltáronme las fuerzas, y los buitres,
Mas fuertes cada vez y mas osados,
Penetraban mis carnes con sus garras
Y me abrían el pecho á picotazos.

Desfallecido al fin, cerré los ojos;
¡Adios! dije á la vida sollozando,
Y el corazón desnudo presenté
Para concluir mas luego, en tí pensando.

¡Oh; qué horrible es morir lleno de vida!
¡Oh! ; cuán duro es romper los dulces lazos
Y apagar la esperanza!... ¡Nunca, nunca!
¡Arriba, corazón; muere luchando!

¡Muerte, abandono, olvido.... ¡No, imposible!
¡Nunca, nunca!.... grité desesperado,

Y el grito formidable de mi angustia
Los montes con sus ecos prolongaron.

—¡Qué tienes, amor mío? me dijiste,
Y contesté, del sueño despertando:

—¡Ah! ¡los buitres, los buitres me comían,
Y un beso de tu amor los ha espantado!

EDUARDO DE LA BARRA.

MISCELANEA.

El "Mensajero Americano."—
Ha llegado á nuestra mesa de redacción el n.º 1.º de este nuevo é ilustrado campeón del progreso, redactado por el señor don Enrique Naltes en Nueva York. Trae material escogido y brillante que hace de dicha publicación uno de los mejores periódicos editados en lengua española en la Nación del Norte. Saludamos atentamente al nuevo colega.

De conformidad con los Estatutos, se procedió á elegir en Junta General los miembros de la Directiva que debe fungir durante el primer semestre del año en curso, quedando organizada de la manera siguiente:

Presidente Dr. Abraham Chavarría,
1.º vocal „ Francisco Espinal,
2.º „ D. Doroteo Fonseca,
Fiscal Br. P. Juan Mena,
Tesorero „ „ Adrián García,
1.º Srio. „ „ Juan Gomar,
2.º „ „ „ Fermín Bayona.

Del entusiasmo y actividad desplegados por los nuevos socios, en cuyas manos está el gobierno de la Sociedad, depende en gran parte el adelanto y progreso de una institución que tantos y tan grandes fines persigue. Un poco de constancia y de laboriosidad son suficientes: lo demás es obra del tiempo y de la inteligencia.

Con el presente número comienza una nueva suscripción para los abonados á "La Juventud Salvadoreña"—Conste.

Bálsamo Negro.—Privilegio exclusivo de nuestro suelo es el árbol que produce este famoso líquido, conocido en el mundo industrial con el nombre de *bálsamo del Perú*. El hecho solo de ser tan precioso y demandado, es motivo suficiente para que el Gobierno dicte las medidas oportunas á fin de hacer de él fuente notable de riqueza y de dar ensanche á su cultivo. Leyes hay que prohíben la destrucción de este árbol y hacen obligatoria su conservación; pero debido quizá á la morosidad y descuido característico de las autoridades locales donde se produce, dichas leyes son letra muerta, están allí escritas en los viejos "Diarios" sin que ninguno se atreva á invocarlas y mucho menos á aplicarlas: Alcaldes hay que ignoran la existencia de ellas.

Creemos que si tal árbol llegase á ser completamente destruido, la pérdida sería general, no solo para el Salvador que lo produce con monopolio natural, sino para todos los pueblos donde le dan esta ó aquella aplicación. Y si tomamos en cuenta que hoy, agotados los bosques para la extracción de maderas necesarias al consumo ordinario, los dueños tendrán que echar mano de lo que encuentren parallenar aquellas necesidades, nuestros temores suben de punto y fácilmente llegarán á ser realidades trísticasimas. En corroboración de lo dicho manifestamos que ya hemos visto el "Bálsamo" convertido en *durmientes* para ferro-carril y en otros objetos de construcción. Ojalá que, siendo nuestras indicaciones la manifestación del público interés, sean vistas por quien corres

ponde con la atención que merece asunto de tan vital importancia.

Socio corresponsal.—El señor don Ramón P. Molina, cuyas producciones literarias, publicadas en las columnas de esta Revista, son bien conocidas de nuestros lectores, se encuentra actualmente entre nosotros en carácter de Secretario de la Legación de Guatemala á cargo del Licenciado don Cayetano Diaz Mérida. Saludamos al distinguido colega, deseándole que su permanencia entre nosotros sea motivo de placeres verdaderos.

Circular.—Hemos recibido la que á continuación insertamos, de los señores Espinal y Fonseca.

Trabajos de Ingeniería Civil
San Salvador.—C. A.
Calle de Washington n.º 26.

San Salvador, febrero 3 de 1892.

Señores RR. de "La Juventud Salvadoreña."

Tenemos la honra de participar á UU. que el día de hoy nos hemos asociado para ejercer nuestra profesión de Ingeniero.

Creiendo que con la unidad de esfuerzos, obtendremos una pronta y acertada ejecución en las operaciones que se nos encomienden, nos permitimos ofrecer á UU. nuestros servicios.

Somos de U. atentos servidores.

FRANCISCO ESPINAL.

PEDRO S. FONSECA.